

XXVII.

ENCUENTRO DE AXMINSTER.

Pero cuando en la tarde del 15 de junio llegó á Axminster, se halló con que los insurgentes habían acudido allí á cerrarle el paso. El campo rebelde presentaba un frente bien ordenado. Cuatro piezas de campaña estaban apuntadas contra las tropas reales, y los espesos cercados que por todas partes coronan los estrechos senderos estaban guarnecidos de mosqueteros. Sin embargo, más alarmó á Albemarle el espíritu que parecía animar á sus gentes, que los preparativos del enemigo, pues tal era la popularidad de Monmouth entre el pueblo del Devonshire, que si los soldados de Albemarle llegaban á descubrir su rostro y su figura, que les eran tan familiares, probablemente acudirían como un solo hombre á engrosar las filas de los rebeldes.

Albemarle, por tanto, creyó, á pesar de ser muy superior en fuerzas al enemigo, que debía retirarse. Pronto la retirada se convirtió en derrota, viéndose en seguida todo el campo cubierto de armas y uniformes, que al huir arrojaban al enemigo los de Albemarle; y á haber Monmouth picado la retirada con vigor, probablemente se hubiera apoderado de Exeter sin disparar un solo tiro. Pero se contentó con la ventaja alcanzada, y prefirió que sus reclutas se adiestrasen algo más antes de emplearlos en ninguna empresa arriesgada. Partió, pues, hacia Taunton, á

donde llegó el 18 de junio, precisamente una semana después del día de su desembarco (1).

XXVIII.

LLEGA Á LONDRES LA NUEVA DE LA REBELIÓN.—
FIDELIDAD DEL PARLAMENTO.

Las noticias que llegaron del Oeste habían alarmado en gran manera la Corte y el Parlamento. A las cinco de la mañana del sábado 13 de junio, el Rey recibió la carta que el Mayor de Lyme había despachado de Honiton. Reunióse inmediatamente el Consejo privado; dióse orden de aumentar la fuerza de todas las compañías de infantería y de todos los escuadrones de caballería; nombráronse comisiones para la leva de nuevos regimientos, y presentóse á la Cámara de los Lores la comunicación enviada por Alford, de la cual también se dió cuenta á los Comunes por medio de un mensaje. Los miembros de la Cámara popular, después de interrogar á los correos que habían llegado del Oeste, propusieron inmediatamente un *bill* acusando á Monmouth de alta traición. Al mismo tiempo se votaban también varias proposiciones, asegurando al Rey que así los lores como el pueblo estaban resueltos á defenderle, aun á riesgo de la vida y de la hacienda, contra todos sus enemigos. En la sesión inmediata las Cámaras acordaron que la declaración de los rebeldes fuese quemada por el verdugo,

(1) *Wade's Confession*; Ferguson MS.; *Axe, Papers*; Harl. M.S. 6.845; Oldmixon, 701, 702. Oldmixon que era entonces niño, vivía muy cerca de la escena de estos sucesos.

haciendo pasar, y aprobando en todos sus trámites, el *bill* de alta traición. En el mismo día obtuvo el *bill* la sanción real, é inmediatamente se anunció una recompensa de cinco mil libras esterlinas al que se apoderase de la persona de Monmouth (1).

Era tan notorio el hecho de que Monmouth se había levantado en armas contra el Gobierno, que el *bill* acusándole de alta traición pasó á ser ley sin más que una débil muestra de oposición por parte de uno ó dos lores, y apenas ha merecido severa censura á ningún historiador whig. Sin embargo, cuando consideramos la importancia de que las funciones legislativas y judiciales se mantengan en su distinta esfera de acción; si se atiende á la trascendencia de que la pública voz y fama, por más fuerte y general que sea, no se reciba nunca como prueba legal de criminalidad, y sobre todo, cuánto importa mantener la regla de que ningún hombre sea condenado á muerte sin que le sea dado defenderse, y cuán fácil y rápidamente, una vez abierta brecha en los grandes principios, aquélla crece y amenaza concluir con los más sagrados derechos; probablemente nos sentiremos inclinados á creer que la medida adoptada por el Parlamento era motivada á algunas objeciones. Ninguna de las dos Cámaras tenía el más leve fundamento con el cual un juez, aun cuando fuera tan corrompido como Jeffreys, pudiese obligar al Jurado á considerar como plenamente probado el crimen de Monmouth. Los emisarios interrogados por los Comunes no habían declarado bajo juramento, pudiendo, por tanto, haber referido meras ficciones, sin incurrir siquiera

(1) *London Gazette*, 18 de junio, 1685; *Lords' and Commons' Journals*, 13 y 15 de junio; *Despacho de los embajadores holandeses*, junio 16 (26).

en la pena de perjurio. Los lores, que podían haber exigido juramento, según parece, no interrogaron á ningún testigo y no tenían más prueba que la carta del Mayor de Lyme, que á los ojos de la ley no podía, en absoluto, admitirse como tal. Ciertamente que el extremo peligro justifica también remedios extremos; pero la acusación de alta traición era un remedio que no podía operar hasta que hubiera desaparecido todo peligro, y que sería superfluo en el mismo momento que dejaba de ser nulo. Mientras Monmouth estuviese en armas era imposible ejecutarlo, y si era vencido y preso, no habría dificultad ni riesgo en hacerlo juzgar por un tribunal. Recordábase posteriormente, como circunstancia curiosa, que entre los celosos torques encargados de llevar el *bill* de la Cámara de los Comunes á la barra de la de los Lores, se hallaba sir Juan Fenwick, diputado por Northumberland (1). Algunos años más tarde este caballero tuvo ocasión de examinar nuevamente el mismo caso, y entonces vino á concluir que las leyes acusando de alta traición eran de todo punto injustificables. El Parlamento dió aún otras pruebas de lealtad en aquella hora de peligro. Los Comunes concedieron al Rey una suma extraordinaria de 400.000 libras para atender á las necesidades del momento, y á fin de que no le fuese difícil hallar dinero, se procedió á establecer nuevos impuestos. Renació entonces el proyecto de imponer contribución á las casas recién construídas en la capital, sosteniendo vigorosamente el nuevo plan los caballeros del campo (*country gentlemen*). Resolvióse no sólo que tales casas fuesen gravadas, sino que se pro-

(1) Oldmixon se equivoca al decir que fué Fenwick quien propuso el *bill* en la alta Cámara, pues según resulta del *Diario de Sesiones*, lord Ancram fué el encargado de hacerlo.

pondría un *bill* prohibiendo la construcción de nuevos edificios en la circunscripción de Londres. Esta resolución, sin embargo, no pudo llevarse á efecto. Hombres poderosos que tenían tierras en los arrabales y esperaban ver nuevas calles y plazas en sus fincas, hicieron uso de toda su influencia en contra del proyecto. Por otra parte, á nadie se ocultaba que, aun cuando se aprobase, sería obra de mucho tiempo fijar los detalles relativos á su aplicación, y las necesidades del Rey eran tan apremiantes, que se vió precisado á excitar el celo de la Cámara, exhortándola blandamente á despachar este asunto con la mayor rapidez posible. Abandonóse, por tanto, la idea del impuesto de los edificios, estableciendo, en cambio, nuevos gravámenes por espacio de cinco años sobre las sedas, lienzos y alcoholes que venían del extranjero (1).

Los toríes de la Cámara popular trataron de hacer pasar un *bill* que llamaban de salvación para la persona y el gobierno del Soberano. Proponían que fuesen considerados crímenes de alta traición el decir que Monmouth era hijo legítimo de Carlos II, hablar del Gobierno ó de la persona del Monarca en términos que pudiesen revelar odio ó desprecio, y finalmente, toda proposición hecha en el Parlamento á fin de alterar el orden de sucesión á la corona. Algunas de estas medidas inspiraron general disgusto, y sólo sirvieron á hacer cundir la alarma. Los whigs, á pesar de ser pocos y débiles, trataron de reunir sus fuerzas, que vinieron á aumentar considerable número de *caballeros* de la sección más blanda y moderada del partido contrario. Puede muy bien suceder, decían, que

(1) *Commons' Journals* de 17, 18 y 19 de junio, 1685; *Resesby's Memoirs*.

un hombre honrado ignore el cabal significado de las palabras, ó que algún mal intencionado las construya como mejor convenga á su propósito; que se entienda al pie de la letra lo que se ha dicho en sentido metafórico; que se tome en serio lo que se dijo en broma. El mismo Salvador de la humanidad, en cuya vida sin mancha nada tiene que censurar la malicia, había sido llevado ante los jueces tan sólo por algunas palabras que habían salido de sus labios, y como los testigos falsos suprimiesen una sílaba que hubiera hecho ver claramente su sentido figurado, tuvo ya el Sanhedrín pretexto para llevar á cabo el más horrible de todos los asesinatos judiciales. Al recuerdo de tan notable ejemplo, ¿quién podría afirmar, si con solo hablar de cierto modo se incurría en la pena de alta traición, que el súbdito más leal se podía contar seguro? Estos argumentos produjeron tan gran efecto, que en la comisión de la Cámara (1) al discutirse el *bill* se introdujeron algunas enmiendas que en gran manera disminuían su severidad. Pero la cláusula en la cual se establecía que todo miembro del Parlamento que propusiese la exclusión del trono de un príncipe de la sangre, fuese declarado reo de alta traición, parece no haber dado lugar á ningún debate, y se conservó. En realidad, era completamente innecesaria, y sólo sirvió á probar la ignorancia é inexperiencia de los fanáticos realistas que llenaban la Cámara de los Comunes. Si hubieran aprendido los primeros rudimentos de legislación, habrían visto que aquello á que daban tanta importancia era de todo punto superfluo, mientras el Parlamento se hallase dispuesto á mantener el actual orden de sucesión, y que, al contrario, se rechazaría tan pronto hubiese un Par-

(1) Véase el Apéndice al tom. II, pág. 331.—N. del T.

lamento que se sintiese inclinado á alterar aquel orden (1).

Aprobóse el *bill* así enmendado en la Cámara popular y pasó á la de los Lores, pero no llegó á convertirse en ley. El Rey había obtenido del Parlamento cuánta asistencia pecuniaria podía esperar, y comprendía que mientras durase la rebelión, aquellos individuos de la nobleza y de la *gentry*, con cuya lealtad podía contar, le serían más útiles en sus condados que en Westminster. Por tanto, apresuró el fin de los debates, y el 2 de julio se suspendieron las sesiones. Aquel mismo día recibía la regia sanción una ley poniendo nuevamente en vigor la censura de la prensa, que desde 1679 había dejado de existir. Llevóse esto á cabo sólo por medio de algunas palabras al final de un estatuto que prorrogaba la duración de distintas leyes, cuyo término se hallaba entonces próximo á espirar. Los cortesanos no pensaron siquiera que habían conseguido un triunfo; entre los whigs no hubo ni el más leve murmullo; ni en la Cámara de los Lores ni en la popular hubo división ni debate, al menos según los datos existentes, acerca de una cuestión que en nuestro tiempo hubiera conmovido todo el cuerpo social. La verdad es que los efectos de esta ley eran entonces tan leves, que casi podrían calificarse de nulos, pues desde la conspiración de Rye House, la libertad de imprenta sólo de nombre existía. Por espacio de muchos meses apenas se había publicado un grosero libelo, como no fuese clandes-

(1) *Commons' Journals*, junio 19 y 20 de 1685; lord Lonsdale's *Memoirs*, 8, 9; Burnet, I, 639. El *bill* con las enmiendas de la comisión puede verse en la *Historia* de Mr. Fox, Apéndice III. Si la relación de Burnet es exacta, los delitos que en las enmiendas se castigan con incapacidad civil, tenían en el *bill* original pena de la vida.

tinamente, y claro es que de este modo podrían igualmente publicarse ahora (1).

Suspendiéronse entonces las deliberaciones en ambas Cámaras. No se disolvía la legislatura, sino simplemente se aplazaban las sesiones, á fin de que, cuando de nuevo se reuniesen, continuasen sus trabajos exactamente en el punto en que los habían dejado (2).

XXIX.

RECIBIMIENTO DE MONMOUTH EN TAUNTON.

Mientras en el Parlamento se inventaban y discutían leyes contra Monmouth y sus parciales, era éste recibido en Taunton con tales muestras de entusiasmo que muy bien podrían hacerle augurar á su empresa el más próspero desenlace. Era Taunton en aquel tiempo, como la mayor parte de las ciudades del Mediodía de Inglaterra, mucho más importante que al presente. No es esto decir que hayan decaído aquellas ciudades de su antiguo esplendor, antes al contrario, con muy contadas excepciones, son hoy mayores y más ricas, hállanse mejor edificadas y cuentan mayor número de habitantes que en el siglo XVII (3). Pero si bien en absoluto es indudable su adelanto, relativamente es hoy su situación inferior á la de aquel tiempo. Las grandes ciudades y centros manufactureros y mercantiles del Norte las han dejado muy

(1) Jac. II, c. 17; *Lords' Journals*, 2 de julio 1685.

(2) *Lords' and Commons' Journals*, 2 de julio 1685.

(3) Toulmin, *Historia de Taunton*, edición de Savage.

atrás en riqueza y población, y estas ciudades en tiempo de los Estuardos apenas eran conocidas como centros industriales. Cuando Monmouth entró en Taunton, era próspera en alto grado la situación de aquella ciudad. Sus mercados se hallaban abundantemente surtidos; era además famosa por las manufacturas de lana, y el pueblo se jactaba de vivir en un país en que se nadaba en miel y leche. Y no eran sólo los naturales quienes usaban lenguaje tan encomiástico, pues todo forastero que una vez subía á la graciosa torre de Santa María Magdalena, confesaba haber visto á su sombra el valle más feraz de toda Inglaterra. Era la comarca rica en hortalizas, y verdes pastos cubrían la llanura, donde se mezclaban en alegre confusión, moradas señoriales, campanarios y rústicas chozas. Los habitantes de la ciudad habían sido por mucho tiempo partidarios de la religión presbiteriana y defensores del partido whig. A través de las vicisitudes de la guerra civil, Taunton habíase mantenido siempre fiel al Parlamento, lo cual le valió por dos veces ser puesta en estrecho asedio por Goring, siendo también defendida con heroico valor por Roberto Blake, renombrado más tarde como almirante de la República. Las granadas y morteros de los *caballeros* habían convertido en montón de humeantes pavesas calles enteras. El alimento había llegado á escasear en términos de hacer que el intrépido Gobernador anunciase su intención de distribuir entre los soldados carne de caballo; pero el animoso espíritu de la ciudad no decayó nunca, ni aun al ser combatida por todos los horrores del hambre y del fuego.

La Restauración no había logrado hacer mudar de opinión á los habitantes de Taunton, y como antes, continuaron celebrando el aniversario del día feliz en que el ejército real levantó el sitio de la ciudad. Su

obstinado apego y adhesión á la antigua causa habían excitado tal temor y resentimiento en la corte de Whitehall, que por una Real orden se mandó cegar el foso y demoler hasta los cimientos las murallas que defendían la heroica población (1). El espíritu puritano habíase mantenido en todo su apogeo entre ellos, merced á los preceptos y al ejemplo de uno de los más famosos miembros del clero disidente, llamado José Alleine. Era éste autor de un folleto titulado *Voz de alarma á los no convertidos*, que aun hoy es popular en Inglaterra y América. Desde la cárcel donde le habían encerrado los *caballeros*, dirigía á sus devotos amigos de Taunton multitud de epístolas respirando verdadera y heroica piedad. Su cuerpo cedió pronto al excesivo estudio, al trabajo y á las persecuciones; pero su memoria querida y venerada vivió por mucho tiempo entre todos aquellos á quienes había exhortado y convertido (2).

Los hijos de los que cuarenta años antes habían defendido las trincheras de Taunton contra los realistas, saludaban á Monmouth con trasportes de alegría y cariño. Todas las puertas y ventanas ostentaban guirnaldas de flores. No se veía en la calle un solo hombre que no llevase en el sombrero la verde rama, distintivo de la causa popular. Las hijas de las mejores familias de la ciudad hacían banderas para los insurgentes, y una hubo en particular ricamente bordada con las insignias de la dignidad real, que fué ofrecida á Monmouth por una comisión de jóvenes de Taunton. Recibió la dádiva con aquella peculiar cortesía que le ganaba todas las voluntades; y cuando la

(1) Sprat's *True Account*; Toulmin's *History of Taunton*.

(2) *Life and Death of Joseph Alleine*, 1672; *Nonconformist's Memorial*.

dama que presidía la procesión le presentó también un pequeño ejemplar de la Biblia, de gran precio, tomándolo con muestras de gran veneración dijo: «*Vengo á defender las verdades contenidas en este libro y á sellarlas, si fuera preciso, con mi sangre*» (1).

Pero al mismo tiempo que disfrutaba Monmouth el aplauso de la multitud, no podía menos de advertir con inquietud y recelo que las clases más elevadas se mostraban, con raras excepciones, contrarias á su empresa, y que ningún movimiento había secundado su tentativa á excepción de aquellas provincias donde se había presentado. Habíanle asegurado algunos agentes, los cuales declaraban deber tales informes á Wildman, que toda la aristocracia whig anhelaba con ansia tomar las armas. Sin embargo, más de una semana había trascurrido desde que el estandarte azul fuera desplegado en Lyme. Jornaleros, pequeños propietarios, mercaderes, aprendices, predicadores, disidentes, habían acudido en tropel al campo rebelde; pero ni un solo par, barón ó caballero, ni un solo miembro de la Cámara de los Comunes, y apenas algún que otro *Esquire* de suficiente nota, para haber sido siquiera designado juez de paz, se habían unido á los invasores. Ferguson, que desde la muerte de Carlos II había sido el ángel malo de Monmouth, encontró pronto explicación á lo que pasaba. El Duque se había colocado en una posición falsa al no tomar el título de rey. Si se hubiese proclamado soberano de Inglaterra, su causa habría tomado apariencias de legalidad. Al presente era imposible poner de acuerdo su manifiesto con los principios constitucionales, pues á nadie se ocultaba que, una de dos, ó Monmouth ó su tío era el legítimo rey. Monmouth

(1) Harl. MS. 7.006; Oldmixon, 702; Eachard, III, 763.

no se atrevía á proclamarse rey legítimo, y sin embargo, negaba que su tío lo fuese. Los que peleaban en defensa de Jacobo, combatían por la única persona que se aventuraba á hacer valer sus derechos al trono, y por esto cumplían lealmente con su deber según las leyes del reino. Los que combatían por Monmouth, defendían una política desconocida, que había de establecerse según una convención que aun no existía. A nadie debía maravillar que hombres de alto rango y gran fortuna se apartasen de una empresa que amenazaba destruir aquel mismo sistema cuyo sostenimiento y duración les interesaba más que á nadie. Si el Duque, al contrario, intentase hacer valer su legitimidad y apoderarse de la corona, no daría lugar en absoluto á tales objeciones. No se trataría ya de una contienda entre la antigua Constitución y la que nuevamente se quería implantar. Sería tan sólo cuestión de herencia entre dos príncipes.

XXX.

MONMOUTH TOMA EL TÍTULO DE REY.

Tales eran los argumentos con que Ferguson, no bien habían desembarcado, instaba al Duque á que se hiciese proclamar rey, á cuya opinión se mostraba también Grey favorable. De muy buena gana hubiera seguido Monmouth tal consejo, pero Wade y otros republicanos se habían opuesto, y el jefe con su acostumbrada debilidad había cedido á sus razones. Al llegar á Taunton volvió á suscitarse de nuevo la cuestión. Monmouth conferenció privadamente con los republicanos, les aseguró que no veía otro medio

de obtener la ayuda de una parte siquiera de la nobleza, y al fin consiguió que, si bien con repugnancia, accediesen á sus deseos. En la mañana del 20 de junio de este año 1685, Monmouth fué proclamado rey en la plaza del mercado de Taunton. Sus partidarios se complacían en repetir su nuevo título; mas como se originase alguna confusión si hubiera de llamársele Jacobo II, generalmente para distinguirlo de su tío le designaban con el extraño nombre de *el rey Monmouth*, nombre que se conservó en los Condados de Occidente, y con que aun recuerdan haberle oído nombrar los naturales de aquellas provincias (1).

Veinticuatro horas después de su proclamación, publicó Monmouth varias disposiciones autorizadas con su firma. Por una de ellas se ponía á precio la cabeza de su rival. Otra declaraba el Parlamento, á la sazón reunido en Westminster, asamblea ilegal, ordenando á sus miembros que inmediatamente se separasen. La tercera prohibía al pueblo pagarlos impuestos al usurpador; y la cuarta declaraba traidor á Albe-marle (2).

El cual envió aquellas proclamas á Londres, sólo como ejemplo de la locura é impremeditación de los sublevados. No produjeron el menor efecto, como no fuese maravilla y desprecio, y Monmouth pudo vencerse de que el nuevo título no había mejorado su posición. Una semana tan sólo había trascurrido desde que solemnemente se comprometiera á no

(1) Wade's *Confession*; Goodenough's *Confession*; Harl. MS. 1.152; Oldmixon, 702. La negativa de Ferguson no es absolutamente digna de crédito. Puede verse una copia de esta proclama en el Harl. MS. 7.006.

(2) En el Museo Británico se conservan copias de las tres últimas proclamas. Harl. MS. 7.006. La primera no la he llegado á ver, pero Wade la menciona.

apoderarse de la corona hasta que un Parlamento libre hubiese reconocido sus derechos. Al faltar á su compromiso, había merecido ser acusado de ligereza, si no de perfidia. La clase que había esperado atraerse con tal medida permanecía, como antes, alejada de sus banderas, pues las razones que impedían á los grandes señores y á los caballeros whigs reconocerle como rey, eran por lo menos tan poderosas como las que habían impedido que se incorporasen á su ejército y le reconociesen como capitán general. Cierta que á todos disgustaban la persona, la religión y la política de Jacobo. Pero Jacobo era ya viejo, y su hija mayor había alcanzado justa popularidad. Profesaba la religión protestante, y estaba casada con un príncipe jefe hereditario de los protestantes del Continente, con un príncipe educado en una república, y cuyas ideas se suponían favorables al régimen constitucional. ¿Era prudente traer sobre la nación los horrores de la guerra civil, tan sólo para llevar á efecto inmediatamente lo que la naturaleza, sin derramamiento de sangre, sin infracción de la ley, efectuaría, según toda probabilidad, antes de muchos años? Podría, tal vez, haber razón para destronar á Jacobo. Pero ¿qué razón podía alegarse para proclamar á Monmouth? El excluir á un príncipe del trono, á causa de su ineptitud, era una medida muy conforme á los principios whigs; pero ningún principio podía invocarse para excluir herederos legítimos que no sólo se hallaban exentos de toda culpa, sino tenían de su parte la confianza del pueblo. Sin contar con que á nadie podría hacerse creer en la legitimidad de Monmouth, ni siquiera en que él mismo así lo creyese en su fuero interno. No era, pues, solamente usurpador, sino un usurpador de la peor especie, ya que también era impostor. Si hacía

semblante de acudir á la defensa de la causa popular, hacíalo tan sólo con intento de engañar á cuantos le creyesen. Ningún hombre honrado se prestaría á un fraude que de ejercerse para la posesión de una finca sería castigado con el látigo y la picota, y que, por especiales circunstancias, de salir bien, tendría por recompensa la corona de Inglaterra. La antigua nobleza del reino no podía soportar que el bastardo de Lucía Walters fuese antepuesto á los legítimos descendientes de los Fitzalans y De Veres. Los que miraban á lo futuro no podían menos de observar que si Monmouth lograba echar abajo el gobierno existente, tendría en seguida que sostener una guerra con la casa de Orange, guerra que podía durar más tiempo y ser causa de mayores calamidades que la de las dos Rosas, guerra que probablemente dividiría los protestantes europeos en hostiles facciones, que armaría á Inglaterra contra Holanda, haciendo que de este modo ambas naciones se convirtiesen en fácil presa de la Francia. La opinión, por tanto, de casi todos los jefes del partido whig parece haber sido que la empresa de Monmouth terminaría irremediablemente en un gran desastre para la nación, pero que, á no dudar, su derrota no lo produciría tan grande como su victoria.

Ni fué el único desengaño de los invasores la indiferencia de la aristocracia whig. La riqueza y poderío de la ciudad de Londres habían bastado en la generación precedente, y podían bastar de nuevo á inclinar la balanza en una guerra civil. Los londnenses habían dado anteriormente repetidas pruebas de su odio al catolicismo y del afecto que sentían por el Duque protestante, el cual por su parte había creído con demasiada ligereza que, no bien desembarcase, la capital se levantaría á defenderle. Pero aunque se

le anunció que muchos millares de ciudadanos se habían alistado como voluntarios para acudir á la defensa de la buena causa, nada hasta entonces se había llevado á cabo. La verdad era que los agitadores que le habían incitado á efectuar la invasión, prometían levantarse á la primera señal, imaginando tal vez, cuando el peligro estaba aún distante, que tendrían valor para cumplir su promesa, mas se desalentaron y cobraron miedo no bien se acercó el momento crítico. Wildman de tal modo se acobardó, que parecía haber perdido la cabeza. El disoluto Danvers excusó primero su inacción diciendo que no tomaría las armas hasta que Monmouth fuese proclamado rey, y cuando Monmouth fué proclamado rey se volvió atrás, declarando que los buenos republicanos estaban libres de todo compromiso con un jefe que tan vergonzosamente había faltado á su palabra. En todo tiempo se hallarán entre los demagogos los más viles ejemplos de cuánto puede descender la naturaleza humana (1).

Al otro día de haberse hecho proclamar rey, salió Monmouth de Taunton, encaminándose á Bridgewater. Notóse que el Duque parecía hondamente preocupado y no muy animoso y lleno de esperanzas. Las aclamaciones de sus fieles partidarios que á millares le rodeaban por donde quiera no fueron parte á disipar la tristeza que anublaba su rostro. Cuantos recordaban haberle visto cinco años antes, en su visita al condado de Somerset, observaban llenos de lástima las huellas que la angustia y la ansiedad habían dejado en aquella dulce y agradable fisonomía que le había ganado tantos corazones (2).

(1) *Grey's Narrative*; Ferguson's MS.; Eachard, III, 754.

(2) *Persecution Exposed*, por Juan Whiting.

Muy distinto era el estado de ánimo de Ferguson. Mezclábase por modo extravagante á la natural malicia de este hombre, tan singular vanidad que ya tenía apariencias de locura. La idea de haber sido él autor de una rebelión y de haber concedido una corona, le había trastornado la cabeza. Veíasele de un lado á otro blandiendo la espada y gritando á la multitud de espectadores reunidos para ver desfilarse el ejército cuando salían en dirección á Taunton: «¡Miradme! Ya habréis oído hablar de mí. Yo soy Ferguson, el famoso Ferguson, el Ferguson por cuya cabeza se han ofrecido tantos centenares de libras.» ¡Y este hombre sin instrucción ni juicio sano era el encargado de dirigir y aconsejar al infortunado Monmouth! (1).

XXXI.

LLEGADA Á BRIDGEWATER.

Era Bridgewater una de las pocas ciudades regidas aún por magistrados whigs. El mayor y los *aldermen* salieron vistiendo largas togas á recibir al Duque, y marcharon delante de él en corporación hasta la plaza principal, donde le proclamaron rey. Dióse á las tropas excelentes cuarteles, y se les suministró lo necesario á poca ó ninguna costa por los habitantes de la ciudad y de las cercanías. Monmouth eligió para su residencia el castillo, edificio que ya anteriormente había albergado regios huéspedes. En el campo del castillo (*Castle-field*) acampó el ejército, compuesto á la sazón de unos seis mil hombres, número que fácil-

(1) Harl. MS. 6845.

mente se hubiera podido duplicar á no hallarse faltos de armamento. El Duque había traído consigo del Continente muy pequeña cantidad de picas y mosquetes. Muchos de sus parciales no tenían, pues, otras armas que las que buenamente habían podido procurarse, valiéndose de las herramientas que empleaban en el trabajo de las minas, y hasta de los útiles destinados al servicio doméstico. Entre estos rudos instrumentos de guerra, eran los más formidables los que se hacían sujetando la hoja de una hoz en el extremo de un fuerte garrote (1).

Los cabos ó capataces de las pequeñas subdivisiones de diez familias, á los cuales se da el nombre de *tithingmen*, recibieron orden, en el término de Taunton y Bridgewater, de buscar por todas partes hoces, y traer cuantas hallasen al campamento. Era imposible, aun acudiendo á tales extremos, encontrar armas para todos, y muchos que deseaban alistarse en el ejército rebelde no eran admitidos por falta de armamento (2).

Habíase dividido la infantería en seis regimientos. Los que habían servido antes en la milicia aun llevaban sus antiguos uniformes rojos y amarillos. La caballería constaba próximamente de 1.000 jinetes, pero la mayor parte sólo tenían grandes rocines, de los que entonces se criaban en grandes yeguas en los pantanos del Somersetshire, y que abastecían á Londres de caballos de tiro. Tan lejos se hallaban estos animales de prestarse á las necesidades del servicio militar, que aun no habían aprendido á obedecer á la brida, y no había medio de regirlos no bien lle-

(1) Aun puede verse una de estas armas en la Torre de Londres.

(2) Grey's Narrative; Paschall's Narrative en el Apéndice á la Vindicación de Heywood.